

misterios son y serán eternamente el objeto de la contemplación extática, no sólo de los más profundos ingenios, sino de los más elevados querubines. Eternamente estarán diciendo el hombre y el ángel á la vista de esas gigantescas obras del Señor: *¡Oh altitudo divitiarum!*<sup>1</sup>

7. Para declarar más todavía el origen de los falsos dictámenes de la ciencia humana y el porqué de su ceguera en medio de la luz, debéis tener en cuenta, hermanos míos, una observación cuya justicia no podréis menos de reconocer. Las nociones que de Dios se forja la mente del filósofo sin el auxilio de la fe, tienen mucho de arbitrarias é incompletas, si no son de todo en todo falsas. ¿Qué decir de las ideas de la Divinidad que abrigan espíritus vulgares é irreflexivos que nada tienen de filósofos ni de profundos pensadores? El hombre, aunque capaz de conocer á Dios en alguna manera, no debe formarse ideas *a priori* del Ser infinito, menos aún que de cualquier otro ser. San Pablo enseña que *las invisibles perfecciones de Dios, su virtud y poder sempiternos, se conocen y como que se ven á través de las criaturas por medio del discurso*<sup>2</sup>. Y aparte de esto, para juzgar de que tales ó cuales propiedades convienen á un ser, verbigracia al divino, es preciso ante todo atender á *los hechos*, si los hay, por donde el ser en acción se deja conocer; es preciso juzgar después y no antes de ellos, y rectificar, en vista de los mismos, las ideas preformadas. Los hechos manifiestan mejor que los cálculos basados en ratiocinios inseguros, lo que el ser es, lo que puede y lo que le conviene. Ahora bien: la Divinidad se ha revelado á nuestros ojos por hechos

<sup>1</sup> Rom. II, 33.

<sup>2</sup> Ibid. I, 20.

sobrenaturales, cuales son la Encarnación de su Verbo y la institución de la Eucaristía, hechos cuyo conocimiento evidente nos lo da la revelación sola, pero de cuya autenticidad no podemos dudar sin incurrir en la nota de ciegos voluntarios, de sectarios sistemáticos; luego de estos hechos, la Encarnación y la Eucaristía, debemos subir al conocimiento de los atributos del Dios verdadero, no del Dios de nuestra fantasía y de nuestro molde estrecho y arbitrario. Si el pueblo judío hubiese procedido según estos principios, admitiendo el hecho de un Dios Encarnado, hecho que saltaba á su vista, habría estado tan lejos de escandalizarse, que habría admirado en la Encarnación lo que cantó divinamente María, el supremo esfuerzo del brazo omnipotente juntando por maravillosa manera las naturalezas divina y humana en una sola indivisible persona<sup>1</sup>. ¡Qué lejos anduvo de alcanzar esta sublime verdad; y así, del verdadero conocimiento de Dios! Por eso decía Jesucristo: *Bien profetizó de vosotros Isaías: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí.* Y seguía diciendo: *Dejadlos, que son ciegos y guías de ciegos*<sup>2</sup>. Dígase lo mismo del racionalista de todos los tiempos, con relación á la sagrada Eucaristía. Si no juzgase neciamente de la divinidad, fácilmente vería lo que ve todo cristiano humilde, es á saber, la más grandiosa manifestación del poder divino en ese cúmulo de milagros que rodean el augustísimo misterio: *el mayor de los prodigios ejecutados por Cristo*<sup>3</sup>. No tardaría en comprender que la humillación aquí no es más que aparente: la realidad es la virtud de Dios...

<sup>1</sup> Fecit potentiam in brachio suo (Luc. I, 51).

<sup>2</sup> Matth. 15, 7 sq. 14.

<sup>3</sup> Miraculorum ab ipso factorum maximum (S. Thom.).

8. ¿Pues qué pensar, mis amados hermanos, de la sabiduría que encierra, no ya el misterio mismo, sino el plan de este misterio, ejecutado por el supremo poder? Ora lo consideremos como medio para el fin sobrenatural, ora como alimento adecuado á una vida divina, ora finalmente, como vínculo y cadena de los dos órdenes, natural y sobrenatural, ¿qué abismos de sabiduría no descubriremos en este admirable plan divino? Detengámonos siquiera un instante en esta arrebatadora consideración. Un fin que consiste en la unión eterna y perfectísima de la criatura con su Criador, unión y desposorio eternamente duradero, ¿qué otro medio más proporcionado podía exigir, que la unión temporal, pero estrechísima y felicísima, del hombre con su Dios en el divino Sacramento? ¿qué preludio más adecuado pudiera dársenos de aquella eterna bienaventuranza? ¿qué otra escala más segura para subir al cielo? Y ¿no es atributo propio de la sabiduría proporcionar la naturaleza de los medios á la índole y condición del fin? De esta manera en el medio traslucimos el fin mismo, y llegamos á él como por un paso natural, no por un salto, sin que por esto haya de ser menos grata la sorpresa de aquel día en que lleguemos á alcanzarle. «¡Oh día de la eternidad, día siempre alegre, siempre seguro, siempre iluminado por la suma verdad!»<sup>1</sup> Por otra parte, para llevar aun acá sobre la tierra una vida divina y celestial<sup>2</sup>, ¿de qué otro alimento debía proveernos aquel Dios que se complace en alimentar á los pajarillos del aire y á las fieras del bosque, sino del Pan de ángeles y verdadero Maná llovido del cielo?<sup>3</sup> ¿Pudiera, sin este

<sup>1</sup> Imit. Christi lib. III, cap. 48.

<sup>2</sup> Nostra conversatio in coelis est (Phil. 3, 20).

<sup>3</sup> Hic est panis de coelo descendens (Io. 6, 50).

alimento, concebirse el misterio de aquella vida sobrehumana, que no es otra que la vida de Dios en el hombre? En fin, nada más conforme con la infinita sabiduría del Criador y Ordenador de todas las cosas, que enlazar con maravillosa cadena entrambos órdenes, natural y sobrenatural, así como ha unido en el mismo ser humano el orden de la materia con el del espíritu, y en el misterio de la Encarnación ha juntado en la persona de Cristo el cielo con la tierra, el criador y la criatura. ¡Cómo resplandece en este admirable proceder de Dios, aquella armonía, aquel orden, con que todo lo dispone en *número, peso y medida*<sup>1</sup>! He aquí, amadísimos oyentes, cómo, á la luz de una humilde reflexión, desaparecen los supuestos imposibles del más recóndito, sí, pero del más maravilloso de nuestros misterios; y cómo, de esta suerte, abiertos nuestros ojos, como los de los discípulos de Emmaús, por medio del Sacramento de la Eucaristía alcanzamos el más subido conocimiento de Dios. *Et cognoverunt eum in fractione panis*<sup>2</sup>. Por Él se enciende también maravillosamente nuestro amor.

## II.

9. Si el amor apasionado y profano es ciego, no así el amor racional, puro y divino, el cual crece y se inflama á proporción de la luz del bien que se refleja en el entendimiento. Conocimiento trae amor; y por esto decía el Profeta: *En mi meditación arderá el fuego*<sup>3</sup>. ¿No encendió el corazón de los Apóstoles, al mismo tiempo que iluminó sus entendimientos, el fuego del Espíritu Santo derramado en forma de lenguas el día de Pentecostés? La Iglesia, invocando al Espíritu de

<sup>1</sup> Sap. 11, 21.

<sup>2</sup> Luc. 24, 35.

<sup>3</sup> Ps. 38, 4.

santidad, pídele luz y calor: luz para el sentido, fuego para el corazón. *Veni Sancte Spiritus... Accende lumen sensibus, infunde amorem cordibus*<sup>1</sup>. Los discípulos que caminando hacia su granja escuchaban atónitos la palabra luminosa del Salvador resucitado, y guiados por ella iban vislumbrando el altísimo misterio de la Redención, no podían menos de experimentar un ardor insólito en lo íntimo de sus corazones, como reflexionaban después al recordarlo<sup>2</sup>. Amaban á medida que iban conociendo. ¿Á qué punto no llegaría este amor en el momento en que, roto el velo enteramente, descubrieron al Señor en la fracción del pan, y le tuvieron delante de sus mismos ojos? ¡Ah! si Jesucristo no hubiese desaparecido en el mismo instante en que se dió á conocer, ¡cuáles no habrían sido los amorosos transportes, las efusiones de afecto de aquellos afortunados discípulos! Por eso, ya que otra cosa no podían, corrieron al punto á divulgar en Jerusalén, sin aguardar el nuevo día, la realidad de la presencia de su adorable Maestro triunfante del sepulcro<sup>3</sup>. Fueron á prender en todas las almas el fuego que ardía en las suyas. ¡Felices nosotros á quienes es dado poseer permanentemente á Jesucristo, sin que, ni por un momento, se aparte de nosotros, dejando vacíos nuestros tabernáculos! ¿Por qué, pues, no nos entregamos á la más viva expansión del amor?

10. *Arrastra á cada cual su inclinación y placer*, según axioma reconocido por la filosofía antigua<sup>4</sup>. ¡Con cuánta más razón, reflexiona San Agustín<sup>5</sup>, debe decirse que el hombre es arrastrado hacia Cristo, supuesta la

<sup>1</sup> Hymn. offic. Pentec. ad Vesp.

<sup>2</sup> Luc. 24, 32.

<sup>3</sup> Luc. 24, 33.

<sup>4</sup> Trahit sua quemque voluptas (*Virg. Ecl. II, 65*).

<sup>5</sup> Tract. 26 in Io.

inclinación que tiene á la verdad, que es el mismo Cristo! ¡Ah! con razón la sagrada Eucaristía es el misterio del amor, el dulce y poderoso imán de las almas iluminadas por la fe. ¿No ha de serlo, estando allí reunidas en la presencia real de Cristo la verdad, la justicia y la felicidad, tres cosas que el hombre, sér racional y moral, no puede menos de amar con todo el ardor de su naturaleza? Porque, á pesar de la general degradación, causada por el pecado original y consumada por el personal, degradación que pervierte los más puros é irresistibles afectos del corazón, todavía prevalece en el hombre, no alterado esencialmente, el amor de la verdad y el bien. Ciertamente es que en millares de casos se deja avasallar del vicio y fascinar por el error y la mentira; todavía, sin embargo, rinde culto, en lo más recóndito de su pecho, á la virtud, y pretende siempre, aun en medio de sus locos extravíos, ser partidario de lo verdadero. De ahí nacen el entusiasmo por la ciencia, la veracidad del testimonio, la santidad del juramento, la inviolabilidad de la promesa; de ahí, el regocijo con que el hombre de todos los tiempos y países saluda la luz de la revelación, natural y sobrenatural; y la admiración y el aplauso que corona en donde quiera las acciones virtuosas. Pues, ¿qué decir del santo amor de la justicia, pervertido alguna vez, pero nunca extirpado del humano corazón; qué, del anhelo innato de la felicidad, real ó aparente, la más violenta de todas las pasiones, la que á todas las enseñorea y las arrastra? Ejemplo de esta triple y generosa tendencia á la verdad, á la virtud y á la felicidad pudiera ofrecernos, mejor que otro mortal ninguno, el incomparable genio del glorioso doctor de Hipona, el hijo de Tagaste, la admiración del mundo, Agustino.

11. Mas, para volver á nuestro asunto: ¿cómo no ha de ser hoguera encendida de amor la Eucaristía, á lo menos para quien tenga ojos y luz de fe, siendo así que en ella está Cristo, verdad, justicia y bienaventuranza verdadera y única, porque todo esto es Él?<sup>1</sup> En la Eucaristía está la verdad; pero ¡de cuán radiosa manera! No es una verdad la que allí resplandece, es un haz de verdades luminosas, un compendio de todo cuanto Dios ha revelado, es el Revelador en persona, el que dijo: *Yo soy la verdad*<sup>2</sup>, el cual está allí con toda la majestad de un sol eterno, dando luz para aclararlo todo, hasta en medio de las sombras del misterio. Piedra de toque del verdadero creyente, la adorable Eucaristía ciega al incrédulo, é ilumina el alma fiel. *Acercaos á Él, y seréis alumbrados*<sup>3</sup>. En la Eucaristía reside, como en su trono, la justicia, esto es, la santidad por excelencia, que por eso llámase *Santísimo* este Sacramento: santísimo en sí mismo por contener al Santo de los Santos, lo es en sus efectos, que todos se resumen en la santificación. Ni hay ni se concibe santidad en la criatura que no derive de la Eucaristía como de su propia fuente. *Sacaréis torrentes de agua de las fuentes del Salvador*<sup>4</sup>. En cuanto á la felicidad, decidlo, almas dichosas, que, después de haberla buscado, pero siempre en vano, en todas partes, habéis hallado el lugar de vuestro descanso al pie del tabernáculo: ¿cabe mayor felicidad sobre la tierra que la de unirse á Cristo, al esposo dulcísimo, en abrazo tan estrecho como se cumple en la divina Eucaristía? ¡Ay! y ¡cómo suben y se encienden las llamas del amor en el altar!

<sup>1</sup> Quod totum Christus est (*August. l. c.*).

<sup>2</sup> Io. 14, 6.      <sup>3</sup> Ps. 33, 6.      <sup>4</sup> Is. 12, 3.

12. ¡*Qué tarde te llegué á conocer, amado mío!* digamos con el ardiente Agustín: ¡*qué tarde y tibiamente te he llegado á amar!* ¿No me aplicaré en adelante á conocerte mejor? ¿No llegaré á abrasarme en caridad? Conózcate á Ti, mi Dios sacramentado: ámeme aquí y en la eternidad. Así sea.

### SERMÓN SÉPTIMO

(predicado en la parroquia de San Pedro, Bogotá, 1896).

#### Efectos del Pan eucarístico: fortaleza y suavidad.

Esurientes implevit bonis.

Á los hambrientos hartó Dios de bienes.

Luc. 1, 53.

1. En los momentos mismos en que el mundo de las grandes ciudades, el mundo del refinamiento del lujo y los placeres, convida á los hombres insensatos á entregarse á los festines y á embriagarse con la copa del deleite de todos los sentidos<sup>1</sup>, el amoroso Jesús, el gran Padre de la familia cristiana, rico en misericordia y poderoso para satisfacer toda el hambre y sed de felicidad que devora nuestro corazón, nos invita por la voz maternal de la Iglesia su esposa, á sentarnos á una mesa, á disfrutar de un festín y banquete, que no tienen más espléndido y regalado los mismos bienaventurados de la patria celestial. Tal es el sagrado banquete de la Eucaristía, al cual nos llama el Salvador por estas dulcísimas palabras: *Venid y comed mi pan, y bebed del vino que he preparado para vosotros*<sup>2</sup>. *Comed, ami-*

<sup>1</sup> durante el carnaval.

<sup>2</sup> Prov. 9, 5.